



canto

GONZALO ROJAS, POETA

"Los poetas son raros como los grandes amantes", dijo una vez Gonzalo Rojas (Lebu, Chile, 1917): la concesión del último premio Cervantes supone el reconocimiento de uno de los raros poetas de nuestra época, en el doble sentido de escasos y de diferentes. Su heterodoxo talante vanguardista se combina con una lectura profunda de la tradición poética, sobre todo de la hispánica —San Juan de la Cruz y Quevedo son dos de sus pilares— y por supuesto de la hispanoamericana; Rojas ha conseguido leer a Neruda sin sonar a Neruda, admirar a Borges sin copiarlo y, sobre todo, aprender de lo más esencial de Vallejo sin imitarlo nunca: algo que parece imposible. Quizá sea porque en su aprendizaje reivindica no sólo estos libros, sino desde los místicos sufíes hasta los mineros analfabetos: en todo esto, escritura y oralidad, el poeta ha ido formando la respiración de su poesía, el ritmo y el tono especialísimos que la hacen inconfundible.

En cuanto a los temas, el propio Rojas ha asegurado que sus poemas tienen fundamentalmente tres vertientes: "la numinosa en el sentido de *Das Heilige*; la erótica y toda la dialéctica del amor; la del testigo inmediato de la vida inmediata". Lo interesante es que no resulta posible, en esta poesía que busca a la vez en lo más remoto y en lo más inmediato, hacer una división tajante entre las tres: las palabras ardientes de Teresa la santa y la danza sagrada de la prostituta del templo



Gonzalo Rojas

son igualmente iniciáticas; en el éxtasis los amantes tocan la cítara para Dios y los ángeles, y entonces cantan las esferas de Pitágoras y el arrebató del cuerpo es la armonía del universo: lo sagrado está en el cuerpo, tras las cosas o dentro de las cosas, como está en el silencio y en la oscuridad; el poeta es entonces el alumbrado. El testigo recupera el mundo de la infancia y el de los muertos, dibuja el origen y el linaje, pero no se lamenta elegíacamente, aunque estos poemas evocan a veces la nostalgia; también el testigo lo es de la sociedad y entonces hace amargos poemas sociales que nunca son poemas de consigna.

El desenfado y la risa son actitudes que salpican toda su obra, pero la apuesta es dramática, pues la poesía es sobre todo búsqueda y pregunta: el poeta no habla instalado en ningún logos que previamente posee, sino que se prepara desde la oscuridad y el silencio y deja que el lenguaje escriba por él en busca de la iluminación, de las sílabas sagradas que resuenan con breve resplandor. De ahí que se asocien

al éxtasis las imágenes del relámpago en la oscuridad y del cuchillo vibrante que va a clavarse con un zumbido; la metáfora de abrir o abrirse, el golpe, el impacto del remo en el agua, la violencia y aun la violación consentida, porque cortar implica entrar y también relacionar y reunir las cosas y los seres. Esta actitud está también en la respiración del poema, anhelante y asmática como la búsqueda iluminada; ella genera el ritmo y el tono sobre las estrategias febriles de la velocidad y su control, que nos conducen al fin del poema, siempre abierto, siempre inconcluso.

Rojas escribió su primer libro, *La miseria del hombre*, en 1948; *Contra la muerte* es de 1964: se trata de un poeta tardío en su lozana vejez, pues el siguiente libro, *Oscuro* (1977), lo publicó a los 60 años; a éste le seguirán títulos como *Transtierro* (1979), *Del relámpago* (1981), *El alumbrado* (1986) o *Río turbio* (1996). Su poesía, objeto de numerosas antologías, puede leerse en España en la muy cuidada editorial Andrés Bello, *Poesía esencial* (2001); o en la más completa, la que acaba de aparecer en Visor, *Poesía completa* (2003), segunda edición de *Metamorfosis de lo mismo* (2000).

HELENA USANDIZAGA

MANUEL J. RAMOS ORTEGA, PREMIO VARGAS LLOSA DE NOVELA

Dos novelas y un premio a cada una de ellas han servido para que

Manuel J. Ramos Ortega (Cádiz, 1948) se haya abierto paso en los cenáculos de la creación literaria, dejando de ser conocido únicamente como profesor universitario. Desde que se formara en los años setenta en la Universidad de Sevilla, donde comenzó a dar clases, hasta hoy, que ejerce de Catedrático de Literatura Española en la Universidad de Cádiz, Ramos Ortega ha desempeñado una brillante y constante labor investigadora centrada sobre todo en aspectos, autores y obras del siglo XX.

Su primera aportación sustanciosa la constituye *La prosa literaria de Luis Cernuda. El libro "Ocnos"* (Diputación Provincial de Sevilla, 1982), con la que en 1981 consiguió un acésit del concurso de monografías de *Archivo Hispalense*. Desde entonces y gracias a nuevas publicaciones es un reconocido experto en la obra del poeta sevillano. La atención prestada a Cernuda pronto se amplió hacia lo que es uno de los focos fundamentales de sus investigaciones: la Generación del 27. En este sentido, ha dado a la imprenta trabajos sobre Gerardo Diego, Pedro Salinas, Dámaso Alonso, Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre o José María Cossío, que se suman a los consagrados a otros escritores de la primera mitad del siglo, como Eduardo de Ory, Antonio Machado, José López Pinillos, Juan Ramón Jiménez o Miguel Hernández. Otro período en el que se ha centrado en repetidas ocasiones es en el del medio siglo, estudiando la obra de Carmen Martín Gaité, José Manuel Caballero Bonald, Fernando Quiñones, José Luis Acquaroni o Luis Berenguer.

En sus investigaciones hay un nexo de unión entre estos dos períodos cronológicos: la dedicación a las revistas literarias de uno y otro momento. Ramos Ortega es un especialista en esta materia, sobre la que ha escrito bastante. En 1994 la Universidad de Cádiz le publicó *La poesía del 50: "Platero", una revista gaditana del medio siglo (1951-1954)*, con el que había logrado el premio Fernández Abril de la Real Academia en 1992; en 2000 preparó la edición facsímil de la citada *Platero* para la Fundación El Monte de Sevilla; y en 2001 vio la luz en Ediciones de la Torre *Las revistas literarias en España entre la "edad de plata" y el medio siglo*. Tal dedicación ha desembocado en la dirección que lleva a cabo en la actualidad de un Proyecto de Investigación Científica y Desarrollo Tecnológico dentro del Plan Nacional de I + D + I del Ministerio de Ciencia y Tecnología bajo el título de "Estudio y Catalogación de las revistas españolas del siglo XX".

Como decía al principio, éste —el profesor, investigador y crítico— es el Manuel Ramos que conocíamos hasta 1999, año en que la editorial Alhulia de Granada lanzó *La ciudad de los sueños*, su primera novela. Se trataba de una narración sobre la memoria, personal e histórica, sobre las relaciones personales, familiares e intergeneracionales y sobre el futuro de las sociedades modernas, tomando como base la decadencia de una ciudad. La grata sorpresa para el novel narrador fue que la Asociación Andaluza de Críticos Literarios (AACLI) la distinguió a principios de 2000 como la mejor *Opera Prima* de novela 1999 dentro de los VI Premios

de Andalucía de la Crítica.

Todo premio, y tanto más si es a una primera obra, obliga a continuar la senda, obliga a escribir una segunda novela, y a esto se ha dedicado en los últimos tiempos. El resultado ha sido *Las campanas del Duomo*, que de nuevo ha alcanzado el reconocimiento de un premio, en este caso el Mario Vargas Llosa de novela, patrocinado por la Universidad de Murcia y la Caja de Ahorros del Mediterráneo. El hilo argumental se ciñe a una historia de amor que transcurre durante la guerra civil pero cuyos efectos alcanzan a los descendientes de aquellos protagonistas, en un ejercicio de recuperación de la memoria individual y colectiva. Una historia, pues, muy en consonancia con los gustos actuales por una narrativa que participe de lo histórico y lo intimista. No en vano, la memoria y los sentimientos son las claves que aproximan y traban *La ciudad de los sueños* y *Las campanas del Duomo*, dos claves en las que cree firmemente Manuel Ramos Ortega, tal y como mostró al encabezar su primera novela con un texto de Antonio Duque Amusco: "Si amanece / y detrás de la luz / no está mi nombre / entorna las ventanas / y enciende la memoria".

JOSÉ JURADO MORALES

LA CARNE O LA VOZ SOBRE "JO TAMPOC" DE LA COMPAÑÍA SANDRA MÁRQUEZ

Siete por cuatro metros de profundidad y tres y medio de altura conformando una cámara negra lisa, la